

La Patria Albina

Exilio, escritura y conversación
en Lorenzo García Vega

Carlos A. Aguilera (ed.)

CONSEJO EDITORIAL

Luisa Campuzano	Francisco Morán
Adriana Churampi	Tania Pérez Cano
Stephanie Decante	Waldo Pérez Cino
Gabriel Giorgi	José Ramón Ruisánchez
Gustavo Guerrero	Nanne Timmer

© los autores, 2016

© de esta edición: Almenara, 2016

www.almenarapress.com

info@almenarapress.com

ISBN 978-94-92260-06-2

Imagen de cubierta: © Arturo Rodríguez, 2016 [foto cortesía de Pedro Portal]

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this book may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the written permission of both the copyright owner and the author of the book.

CARLOS A. AGUILERA	
Presentación	9

ENSAYOS

JORGE LUIS ARCOS	
El exilio como escritura	17

MARGARITA PINTADO	
Metafísica de un escritor no-escritor	33

ANTONIO JOSÉ PONTE	
Oficio de perder.....	43

MARCELO COHEN	
Un lugar llevadero	49

SERGIO CHEJFEC	
El escritor plástico	59

GABRIEL BERNAL GRANADOS	
El boxeador, el encordado, la derrota.....	65

RAFAEL ROJAS	
Formas de lo siniestro cubano.....	71

ENTREVISTAS

CARLOS ESPINOSA DOMÍNGUEZ
Me dirijo a un lector que todavía no existe..... 95

PABLO DE CUBA SORIA
Confesiones del reverso..... 109

ENRICO MARIO SANTÍ
¿Qué hacía el Arzobispo de La Habana leyendo *Paradiso*?..... 119

CONFERENCIA

LORENZO GARCÍA VEGA
Maestro por penúltima vez 151

Biobibliografía de Lorenzo García Vega 187
Agradecimientos 191

Autores 193

Un día –se lo aseguro– su libro será leído como lo que es: uno de los testimonios más lúcidos de estos años infames.

Octavio Paz, *Carta a LGV*

PRESENTACIÓN

Carlos A. Aguilera

Como Gertrude Stein, Juan L. Ortiz o el turinés Ceronetti, Lorenzo García Vega no levantó una obra (habría que ver qué significa «levantar una obra») sino que, para decirlo de alguna manera, construyó una comunidad. Una comunidad anti-masa y anti-lector común. Es decir, allí donde la mayoría de los mortales más a gusto se sienten. Una comunidad anti-archivo.

Y no lo digo precisamente porque su obra subvierta el archivo: ¿es posible *a fortiori* subvertir un archivo?

Complicado, diría él mismo, caminando por aquel resbaladizo Mall donde cierta vez lo acompañé junto a Carlos M. Luis.

Complicado.

Lo que subvierten determinados escritores es una intención de lectura, un estereotipo lírico y acorde con la tradición, una historia cómico-mítica (como todas las coartadas nacionales además), un relato.

Y contra ese relato, que en su caso comenzaba por el siglo XIX (al que llamó con fortuna «La opereta cubana en Julián del Casal»), y proseguía por la república, la revolución, la nefasta Generación del cincuenta, el exilio, y no paraba hasta los *homes* de Miami, es que su literatura, casi toda ella inclasificable y aborrecida por las editoriales de renombre, había levantado su propio búnker.

Un búnker en guerra y antirilkeano, aunque en su obra se mencione muy pocas veces al autor de las *Elegías de Duino*.

Un búnker no pasional.

¿Puede (podría) haber pasión en esas repeticiones de Lorenzo, en esos delirios que siempre trocean todos sus textos, en esas obsesiones con ciertas palabras (rebumbio, reverso, matalotaje, huyuyo), en esa

colchoneta vieja que según él cierta vez vio en un solar yermo y tantos *daydreams* le produjo?

Pasión sí –sin pasión sería imposible cantar hasta La Bayamesa. Lo que resultaría difícil encontrar en sus libros (es decir, en su búnker) sería lo pasional, tal y como se hace fácil en casi toda la literatura hispanoamericana de Baroja hasta nuestros días; el melodrama, el lloriqueo.

Ni siquiera *Devastación en el hotel San Luis*, su novela mala, como él la llamó siguiendo a Macedonio, se complace en el melodrama. Para no hablar de *Los años de Orígenes*, quizá el libro que mejor critique el artificio, la tapiña y el «secretico» en el mundo cubano.

Lo «venido a menos».

Mundo que paradójicamente no se acomodaba a su idea de literatura (digo paradójicamente porque a la vez le gustaba tararear algunos boleros y tangos de los treinta y los cincuenta), ni a su idea del no-género y el intersticio. Idea, esta última, que lo hacía entenderse a sí mismo como el vanguardista que nunca llegó a ser –uno de melena larga y cajitas a lo Cornell– y, a su vez, como una suerte de notario, de hombre nacido para levantar acta de todo.

¿No es precisamente esta tensión entre el espacio intelectual, histórico y loquito-ontológico la tensión que se respira, a veces con más énfasis, a veces con más rabia, en la mayoría de sus libros?

García Vega, quien convirtió el resentimiento en una suerte de concepto, tiene, sin dudas, algunas de sus mejores páginas, si descontamos otras dedicadas al Edipo o a la fecalidad o a sus obsesiones con el año 1936, escritas desde el resentimiento, desde una suerte de colmillo que más que odio supura autismo, como él mismo lo llamó...:

Dolor de cabeza.

Neurosis.

Queja.

Asco.

Pero nunca odio, tal y como aseguran algunos de sus detractores, intentando aplastar toda una mirada –la mirada del proctólogo– bajo el agravio moral.

Su literatura, tan llena de anécdotas y a la vez tan antirretórica, logró leer desde esa suerte de «sentimiento de estafa» no sólo una época,

sino, y aquí viene lo difícil, una no-época, un delirio, un nombre, un año, tal como hace en *Variaciones a como veredicto para sol de otras dudas*, uno de los poemas más esquizos de finales del siglo xx, o en sus memorias últimas, en las cuales se repite lo mismo hasta al hastío, hasta lo ilegible casi:

Raras veces ya, con mis buenos setenta años, me emociono. O no, no es así precisamente, para ser fiel a esta confesión (y confieso que me encanta la confesión, es una de las herencias que saqué de mi estancia con los jesuitas) debo decir que más bien que emocionarme raramente, lo que me está sucediendo es algo más lamentable, algo que..., me temo..., pero ¿cómo confesar esto?, tiene relación con mi avanzada edad y consiste en que, a veces sin ton ni son, precipitado por una musiquita televisiva o por un docudrama televisivo, me emociono de una manera desproporcionada y..., me temo..., hasta ridícula, frente a un padre fílmico que se vuelve a encontrar con hija fílmica, dejada de ver hace treinta años. Efectivamente, es así, los jesuitas interiores me obligan a confesarlo. Raras veces me emociono ante lo que verdaderamente debería de emocionarme y, sin embargo, debido a mis setenta años –enrojeczo al decirlo–, puedo llegar, frente a un televisor, a experimentar esas emociones Pop que tan bien supo Manuel Puig expresar en sus novelas.

¡Cojones! (García Vega 2004: 135-136)

¿No son acaso lo ilegible, e incluso lo pop, e incluso el «habla mala», estrategias que en determinado momento un escritor tiene que asumir (y fingir) no sólo para llegar al límite de su escritura, sino de eso –y era su Caso– que lo atormenta, que no lo deja, sorna mediante, desenredarse a sí mismo?

Nadie hizo por llegar más lejos en esta operación que el propio autor de los *Rostrros del reverso*. Al punto que, como bien ya han señalado algunos investigadores, la idea del Laberinto, de lo que se complica, lo que asfixia, lo que enreda, fue uno de sus lugares comunes más socorridos, eso a lo que siempre regresaba para construirse a sí mismo.

Experimento que, pienso, por desgracia, no ha sido leído hasta el fondo. Ya que este no tiene porqué negar el *pathos* y cierto sonambulismo del imaginario-Lorenzo, más bien, reafirmarlo, pensarlo de nuevo y colocarlo en una zona donde la contradicción se va a convertir en una

especie de muñeco, marioneta que habla y habla y habla hasta que al final revienta.

¿Existe acaso algo más marionetesco que un viejo que se dedique a contradecir y a reducir a cero todo lo que dice/escribe?

¿Y existe algo más marionetesco que una literatura que borre constantemente sus huellas para intentar reconducir eso que desde el principio más que ficción es puro balbuceo, clínica?

No.

Lorenzo, y esto no sé hasta qué punto él lo sabía, era un personaje de Piñera, ese otro grande de la literatura en español. Un personaje de teatro: gordito, socarrón, ventrílocuo y con ojos de clavo. Uno de esos que de tan inteligentes y exactos a veces se pasan.

Y de ese «defecto»: en su literatura, en su mundo, en su hábitat, en su *trip*, es que van los ensayos y entrevistas que componen esta antología.

También, su «Maestro por penúltima vez», conferencia que dictó en el Caixa Forum de Madrid el 29 de abril de 2009 (dentro del ciclo *De poeta a poeta*, organizado por Edgardo Dobry), y donde accedió a hablar, de nuevo, y en bucle, de su relación con Lezama Lima. Esa relación que sin dudas durante tanto tiempo lo había atormentado y desmadrado tanto, y sobre la que escribió notas fundamentales en los *Rostros del reverso* y *Los años de orígenes*:

[...] el Maestro hablaba desde la total locura, pero desde una locura bajo la cual uno, que había soñado antes con Groucho Marx, no se podía, del todo, sentir a gusto. Y eso, a veces, estaba muy bien. Y es que el Maestro, basándose en el *Diario* de Pedro Mártir de Anglería, transigió con el delirio de la clasificación y de la catalogación, y eso desde un banco de parque habanero estaba muy bien. Pero, lamentablemente, Lezama, repito, no podía dejarse llevar, hasta el final, por el delirio de plena locura que a uno le podía gustar, y eso sí estuvo mal, ya que él se dejó conducir por la fea pedagogía de la fundamentación católica.

Nerviosismo, fealdad y exactitud. Quizá estas pudieran ser tres buenas palabras para entender su poesía arrítmica y su arritmia mental, su prosa.

Fealdad e insistencia...

Lo demás, como él mismo sabía, es el futuro.

Y el futuro, ¿qué duda cabe?, son los textos que componen este libro y ese laberinto, el cual, visto desde arriba, parece una inmensa mancha de mudez y reflexión en medio de una literatura —la cubana— que sólo parlotea.

La mancha que sólo producen los grandes escritores y algunos, poquísimos, libros.

La mudez, que, como cierta vez me dijo, era el estado perfecto para «echarse a correr, encaramarse encima de una mata de mango, y ponerse a espiar a los viejos cuando, en Playa albina, se tumban a coger el sol».